

A. López Fonseca & J. M. Ruiz Vila, *La filosofía en la Antigua Roma (Marco Tulio Cicerón, El sueño de Escipión, Lucio Aneo Séneca, La vida feliz, San Agustín de Hipona, El maestro)*, Valencia, Tirant Editorial, 2024, 228 pp.

M^a Irache Concejal Arellano

<https://dx.doi.org/10.5209/cfcl.99263>

Los profesores López Fonseca y Ruiz Vila presentan un manual que contiene todo lo necesario para comprender la presencia de filosofía en el mundo romano y que, además, se completa con traducciones de textos breves, pero significativos, de los tres autores más destacados del panorama filosófico romano. En la “Introducción” (pp. 9-12) ya se plantea la complicada relación que han mantenido siempre los romanos con la filosofía y se hace hincapié en que esta no es una disciplina al la que se dediquen en “cuerpo y alma” (p. 11) sino que, haciendo gala de su acostumbrado pragmatismo, se sirven de ella como de una herramienta en la medida que les es útil para comprender mejor su vida y el mundo que les rodea.

Los capítulos se organizan de forma cronológica, pero, como es lógico, agrupando a los autores por sus escuelas filosóficas. Antes de comenzar el recorrido de los diferentes filósofos latinos, no hay otro remedio que volver la mirada hacia Grecia. El capítulo “Más allá de Platón y Aristóteles: las escuelas filosóficas helenísticas” (pp. 13-30) es muy necesario para poner al lector en el contexto de las doctrinas filosóficas que aparecerán más adelante, especialmente el epicureísmo y el estoicismo. Cabe mencionar que dicho capítulo no se olvida tampoco del escepticismo, que suele pasar más desapercibido en el estudio de la filosofía helenística.

El siguiente capítulo se titula “Epicureísmo: Tito Lucrecio Caro (99-55 a.C.)” (pp. 31-42) y expone el contenido la obra *Sobre la naturaleza* de Lucrecio, gracias a la cual conservamos los postulados de la física epicúrea. Llama la atención el género tan peculiar de esta obra, una especie de épica científica, que aquí se explica como un uso de los metros que habitualmente servían para transmitir los mitos de la religión oficial, para combatir a la propia religión.

Conforme la filosofía va ganando fuerza en Roma se va adaptando al mundo romano y a la mentalidad romana, que por su fuerte utilitarismo y pragmatismo tiende al eclecticismo y toma de cada escuela lo que más le conviene. Es por ello por lo que el siguiente capítulo se dedica al “Eclecticismo romano” (pp. 43-60). En primer lugar, se menciona al erudito Varrón cuya obra ingente se ha perdido, aunque sabemos que en ella se incluían tratados filosóficos y sátiras menipeas. Sin embargo, es Cicerón, conocido sobre todo por su faceta de político y orador, quién ocupa el grueso de este capítulo. Aunque ha sido infravalorado como filósofo, aquí se pone de manifiesto su importancia por trasladar la filosofía griega al mundo latino y a la posteridad. Este capítulo no se limita a abordar la filosofía o la obra filosófica de Cicerón, sino que esta se contextualiza en su vida, ya que se trata de una figura polémica y compleja que no puede llegar a comprenderse sin tener en cuenta el marco de sus vivencias.

En el estudio de la filosofía en el mundo romano no podía faltar una de las escuelas que alcanzó mayor relevancia, el estoicismo. En el capítulo “El estoicismo en Roma” (pp. 61-76), como no podía ser de otra manera, se habla de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. Al igual que sucedía

con Cicerón, es necesario tener en cuenta el contexto vital de estos tres autores para comprender mejor sus preocupaciones filosóficas. Cada uno se sitúa en puntos muy diferentes: un noble, un esclavo y un emperador; sin embargo, los tres encontraron en esta filosofía una guía para sus vidas y compartieron la preocupación por la ética y la fusión de la filosofía con elementos más religiosos o espirituales.

A continuación, un breve capítulo titulado “Neopitagorismo en Roma: Publio Nigidio Fígulo” (p. 77-80) nos pone sobre la pista de un filósofo bastante desconocido. Por lo que se sabe de su obra, Nigidio Fígulo estaba interesado en la astronomía y la filosofía pitagóricas. Aunque esta no se ha conservado, ni hay mucha información sobre él, parece que pudo estar detrás de la reconstrucción del pitagorismo como escuela filosófica en Roma.

El siguiente capítulo cubre un gran lapso temporal e incluye a diversos autores. “Continuadores de la Academia de Platón” (pp. 81-96) abarca desde Apuleyo al neoplatonismo cristiano de Boecio. Se divide este capítulo en tres subapartados: el primero dedicado al platonismo medio de Apuleyo, el segundo a Filón de Alejandría y la combinación de filosofía griega y judaísmo, y por último, el neoplatonismo, primero en Plotino, y después en Macrobio, Marciano Capela y Boecio. En las tres etapas de esta nueva filosofía platónica queda patente su estrecha vinculación con la religión: Apuleyo distingue entre un Dios superior, unos dioses inferiores y unos *démones* que hacen de mediadores entre Dios y nosotros; Filón de Alejandría otorga este papel de la mediación al *Logos*, entendido como la actividad intelectual de Dios; Plotino pone en la racionalidad, la vía para encontrar la identificación con Dios y la trascendencia y por último Boecio fue quién trasladó el neoplatonismo al mundo cristiano.

Esto nos lleva a tratar en último lugar acerca de la “Filosofía cristiana” (pp. 97-106), capítulo dedicado a San Agustín. A pesar de que no fue un filósofo sistemático su inclusión en este volumen se justifica por su enorme repercusión en la posteridad. San Agustín, quien también tiene una vinculación con la filosofía de Platón, se centra en la búsqueda de la Verdad, entendida como verdad revelada que procede de Dios, y de la felicidad, que solo puede entenderse como el encuentro con Dios. Su filosofía también afronta temas difíciles, como la existencia del mal, que solo puede entender como el fruto del libre albedrío de los hombres.

La “Conclusión” (pp. 107-108) hace notar la propia intencionalidad del título de este manual, es un libro que recoge, no una filosofía romana como tal, sino la trasposición al mundo romano de la filosofía griega, de la que los romanos hacen uso en su afán pragmatista según les conviene. Sin embargo, este no es el punto final, se nos ofrece a continuación un “Comentario bibliográfico” (109-118) que proporciona al lector interesado lugares donde seguir profundizando en el conocimiento acerca de las diferentes escuelas filosóficas y los diferentes autores que se han mencionado a lo largo de la obra. Resulta llamativo entre estas recomendaciones el número de traducciones de las distintas obras, dejando ver entre líneas que el mejor lugar al que puede acudir uno a informarse y formarse sobre estas cuestiones es a las propias fuentes. En esto los propios autores dan ejemplo e incluyen traducciones de: *El sueño de Escipión* de Cicerón (pp. 121-144), *La vida feliz* de Séneca (pp. 145-186) y *El Maestro* de San Agustín (pp. 187-228). Esto pone el broche final a un más que completo manual sobre la filosofía en la Antigua Roma, que es conciso, claro y resulta útil, tanto para quien tenga unos conocimientos previos, como para quien se adentre por primera vez en estas cuestiones.